

LAS RAÍCES CORTADAS

Magda Ruggeri Marchetti

LÓPEZ MOZO, Jerónimo. *Las raíces cortadas*. Madrid: Ed. Asociación de Autores de Teatro, 2005.

Es superfluo recordar aquí los numerosos premios que ha obtenido Jerónimo López Mozo. Citaremos únicamente el Nacional de Literatura Dramática (1998) y el Álvarez Quintero de la Real Academia Española. No es posible clasificar la extensa producción de este autor, caracterizada por una gran variedad de estilos, pero sí identificar en ella un claro rasgo unificador: la gran coherencia ideológica de sus personajes siempre en busca de la libertad. En todas sus obras encontramos la denuncia de los problemas de España porque el suyo es un teatro muy comprometido.

La pieza que aquí reseñamos por un lado puede relacionarse con *El arquitecto y el relojero*, por el llamamiento a preservar la memoria histórica, pues, como afirma el relojero, «el hombre sin recuerdos se convierte en un ser estúpido» y, por otro, con *Ella se va*, porque, aunque no se trate de violencia doméstica sobre la mujer, siempre se subraya la poca estima en que se la tiene, ya que el mundo masculino ridiculiza a las que intentan superar el ámbito doméstico.

La obra se basa en el enfrentamiento que protagonizaron dos diputadas de la Segunda República a propósito del derecho femenino al voto. Para Clara Campoamor su concesión inmediata era absolutamente imprescindible, mientras para Victoria Kent la falta de preparación de las féminas las habría relegado al papel de pobres marionetas en manos «de los curas y de los frailes» por lo que convendría aplazar este derecho.

Como ya hemos dicho, el repertorio estético de López Mozo es muy variado, pero por su estructura esta obra podría encuadrarse en un surrealismo político con un mensaje concreto y pragmático. Muy digno de atención es el tratamiento del tiempo y del espacio, pasando de breves *flashes* en el presente a cuadros de recuerdos y sueños. Llamativa es también la estructura, que no se divide en actos o en cuadros, sino que se modela en torno a los encuentros de las dos protagonistas, encuentros que tienen lugar sólo en la mente de Victoria Kent, como recuerdos en el caso de la rememoración del enfrentamiento que tuvieron en el parlamento, o como sueños.

El «Primer encuentro», totalmente surreal, tiene el objetivo de dar a conocer al lector/espectador la diferente extracción de las dos diputadas y nos las presenta de niñas. El mismo vestuario ya las diferencia según su clase social: Clara, hija de una costurera «lleva, sobre el vestido, una bata a cuadros»; Victoria, perteneciente a una familia burguesa acomodada «luce el uniforme de un colegio de monjas». Pero en las dos ha madurado un rechazo del lugar que la sociedad había asignado a sus madres y, si una sueña con emular la figura de Concepción Arenal, porque

seguramente en su casa había oído hablar de su compromiso en defensa de mundo femenino, la otra, aunque desconocía a este personaje, está firmemente decidida a luchar por las mujeres, para que «vivan mejor que [su] madre y [su] abuela».

El «Segundo y tercer encuentro» constituyen una unidad que en la lectura aparece dividida en seis cuadros, dos de los cuales se sitúan en un presente (Nueva York, 1973), mientras los otros cuatro son producto de la mente de Victoria. Entre éstos figura una escena de títeres, seguramente inspirada a López Mozo por la lectura de la prensa de la época donde aparecían viñetas y caricaturas que reflejaban el menosprecio de la mujer incluso en el ambiente intelectual. La interesantísima introducción del mismo autor demuestra que se ha documentado ampliamente sobre ese período histórico. Es en estos cuadros donde más se nota que la obra no es sólo una visita al pasado sino una invitación a compararlo con los problemas de hoy.

López Mozo quiere destacar que la mujer ha jugado un papel importante también en aquella época y, en efecto, salieron a la calle «para oponerse a la guerra de Marruecos, cuando la guerra de Cuba...», porque, como siempre, iban al matadero sobre todo los hijos de las clases más bajas. Y aquí no se puede olvidar la igualitaria participación femenina en las manifestaciones contra la guerra de Irak. La misma situación se repite con la denuncia de la influencia de la Iglesia en ciertas cuestiones. Victoria temía al clero que «le daba consignas desde los confesionarios» y hoy la misma Conferencia Episcopal Española apoya manifestaciones callejeras en contra de las nuevas leyes del gobierno.

El «Cuarto encuentro» aparece dividido en dos partes: la primera en el presente (1986) cuando Victoria recibe en Nueva York la Gran Cruz de la Orden de San Raimundo de Peñafort, concedida por el rey Juan Carlos; la segunda, totalmente surrealista, está constituida por la aparición de Clara que le reprocha haber aceptado esta condecoración, cuando ella misma había rechazado la que le ofreció Alfonso XIII. Tiene lugar entonces una diatriba entre las dos protagonistas, aunque sus objetivos han coincidido siempre, porque ambas han luchado por una España nueva y democrática. Distintas la extracción social, la mentalidad y sus vidas. Para Victoria todo ha sido fácil incluso en el exilio, viviendo con holgura económica en casa de la amiga Luisa Crane, y pudiendo permitirse fundar y dirigir una revista en Nueva York, por cuya moderación velaba rechazando artículos inspirados por el «rencor [...] amargura [...] pesimismo», porque según ella era mejor «no mirar tanto al pasado».

El último encuentro («Quinto encuentro»), aunque se sitúa en el hospital Lenox Hill de Nueva York en 1987, es totalmente surrealista porque Victoria, sentada en una silla de ruedas imagina la aparición de Clara desde el otro mundo con uniforme de enfermera. La conversación entre las dos mujeres rememora sus divergencias de opinión y en un primer momento coinciden en pensar que son «dos perdedoras», aunque la más decepcionada parece Victoria, porque Clara está orgullosa de haber conseguido el voto femenino, que «es lo único que ha sobrevivido a la República». Sus palabras revelan que es ella el personaje ejemplar, portador del mensaje del autor: «Uno llega hasta donde los demás le dejan o sus fuerzas se lo permiten. Otros vienen después a continuar la tarea, y, en algún momento, alguien la concluye. El resultado es obra de todos.» Y la magnífica acotación final aporta imágenes de personas que, aunque anónimas, han contribuido a cambiar España. La carga optimista de la obra está sobre todo en la certeza de

que el sueño de las protagonistas se podrá cumplir porque es fruto del trabajo de muchos y del sacrificio de la vida de otros tantos.

No podemos dejar de mencionar el lenguaje de López Mozo. Puesto que esta obra, como todas las suyas, es un hervidero de ideas, el diálogo asume una importancia basilar y siempre es preciso, sencillo y claro, pero al mismo tiempo culto, exacto y conciso. Todo en él es esencial, como en el más alto teatro de texto. Resaltan su sobriedad, su transparencia y su elegancia. Percibimos además una gran originalidad y capacidad combinatoria así como la habilidad para insertar modismos conjugando fantasía y realidad. Se trata de un lenguaje verdadero, sin artificios, lejos en apariencia del literario.

Parece increíble que una obra tan interesante, como libre de dificultades de realización, no haya tenido oportunidades de encontrar espacio en la cartelera madrileña actual donde sería muy necesaria.